

25 años de

Vestido de pana, de rostro enjuto y tostado, colgado de una maleta de madera sujeta por cuerda, saliendo de la estación del ferrocarril, preguntando, muchas veces, por la dirección de un bar determinado que, por referencias de amigos, familiares o, simplemente, de coterráneos, les servía como primer contacto para lograr pensión o habitación, ya que el del bar algo tenía que ver con su tierra, lo más probable, un pionero audaz de tiempos pasados y diferentes motivaciones, y al día siguiente ya, iniciar el periplo para la consecución de un trabajo; ésta es la primera imagen del inmigrante que, de tierra adentro, llegaba a estos lares, allá, en la década de los cincuenta y los sesenta. Seguidos de sus mujeres, cubiertas de negro y tocadas por un pañuelo oscuro también, llevando de la mano uno, dos, tres... niños, y el temor y el desconcierto ante lo desconocido reflejados en sus rostros.

Miajadas, Alcollarín, Ibaernando, Torrecillas de la Tiesa, Valdeobispo, Tornavacas, Santiago de Alcántara, Cilleros, Brozas, Carrascalejo, Escurial, Villamiel... y tantos lugares, pueblos y villas, de Cáceres, por nombrar una provincia que en cierto modo significó en este proceso de emigración, veían desaparecer a sus gentes que, huyendo de cierta penuria, se llegaban a las zonas industriales con la esperanza de una vida mejor. Lugares, pueblos y villas que veían así menguar su población en cotas alarmantes, llegando algunos a quedar prácticamente vacíos, a favor de satisfacer la demanda de mano de obra de toda empresa industrial, en aquellos tiempos.

Naturalmente, un fenómeno social de semejante envergadura tenía que crear conflicto. Y así fue. Dificultades de los llegados para amoldarse a las nuevas costumbres y cultura, ramalazos de xenofobia que brotaban al roce de tratos personales, en fin, problemas de acoplamiento, en definitiva. Cuestiones que se palpaban en el ambiente y cuya preocupación llevó a estudiosos y especialistas a tratar el asunto en diversos medios de comunicación. También en OARSO se pulsó el tema. Fue Boni Otegui, que con tanto acierto dirigió esta revista, quien sugirió tratar el asunto en el número correspondiente a 1963, en el momento más crítico. Boni Otegui, no olvidemos, llamaba "renterianismo" a la filosofía que aplicaba a su modo de hacer OARSO. Y si nos detenemos a pensar sabemos de qué va, y de qué tiene que ir, este modo de proceder.

En aquel OARSO, casi monográfico, de 1963, se ponía el dedo en la llaga. Hay que tener en cuenta que, en Rentería, concretamente, de los 20.000 habitantes del momento (ahora rondan los 43.000) 12.000 eran nativos y 8.000 forasteros. El denominarles a estos recién llegados de cacereños, maquetos, manchurrianos, coreanos, belarrimotzas, y otros despectivos apelativos, estaba a la orden del día. Y el que éstos, al oír hablar en

vascuence, soltaran el desdén: ¡hable usted en cristiano!, también. En OARSO se entraba a fondo en el carácter humano del problema, llegando, a veces, a conclusiones alentadoras. Por ejemplo, José M^a Busca Isusi venía a decir: *"No me produce mayor desasosiego el problema de la inmigración. Sé que los hijos de los inmigrantes se sentirán tan vascos como nosotros. Que tengan y den a sus vidas un tono vasco es cosa nuestra más que de ellos"*. También José de Arteche se expresaba con optimismo. En su artículo "El arbolito", comentando haber asistido al acto simbólico de plantar un roble, invitado por jóvenes montañeros, al advertir entre los presentes un nutrido grupo de inmigrantes, improvisó estas palabras al final de su alocución, dirigido a ellos: *"Ni ustedes ni yo veremos este arbolito convertido en árbol grueso y copudo. Pero sus hijos y los míos alcanzarán a verlo grande y podrán cobijarse debajo. Y todos ellos serán de esta tierra y se sentirán hijos de ella"*. Santiago Aizarna, en su artículo significativamente titulado "Ellos y nosotros", señalaba: *"El problema de la inmigración yo creo que es un problema más de conciencia que de raza, más de humanidad que de regionalismo, enjuiciado, por lo menos, desde la vertiente de la proyección espiritual"*. Felipe Gurruchaga, en un acertado trabajo, entre relato y ensayo, con el sugerente título de "De la pana al tergal, pasando por el mahón", se fija en ese tipo de diferencias que distingue a simple vista al inmigrante del nativo, como puede ser la vestimenta. Diferencias que podrían parecer sin importancia, pero que Gurruchaga, con precisión analítica, llega a la consideración de que tales diferencias son en ocasiones el fondo del problema. "Rentería, un pueblo con los brazos abiertos", suena como un llamamiento a la armonía que invitaba Puri Gutiérrez en su escrito de aquel OARSO de 1963.

En 1969 este movimiento inmigratorio comenzaba a remitir, aunque todavía era un hecho, y el novelista Raúl Guerra Garrido publicaba "Cacereño", que viene a ser un testimonio del momento y uno de los últimos vestigios de lo que, en literatura, vino a denominarse "realismo social". Con estilo sencillo y directo, Raúl Guerra Garrido nos relata la peripecia de José Bajo Fernández desde que abandona su pueblo natal de Torrecasar, allí, cerca de Miajadas, muy cerca de Miajadas, pues quizás es el mismo lugar, y se lanza en dirección a Alemania, con la intención de llegar, en busca de trabajo; con la buena o mala suerte de quedarse atascado en Irún, por falta de dinero, y volverse a San Sebastián, donde se aloja en una pensión. Al día siguiente consigue su primer trabajo en el puerto de Pasajes.

Alemania era un "destino" como, asimismo, lo eran el País Vasco, Cataluña o cualquier zona industrial que demandara mano de obra. Y la motivación de emigrar no era tanto la de buscarse una buena situación como la de huir de un estado de penuria. Ya

"CACEREÑO"

ANTHON OBESO



que, como describe el novelista, "... reunidos alrededor de la olla habitual de garbanzos con tocino y piltrafa de lomo", pues "las que salían de un cerdo eran todas las proteínas que consumía la familia en un año" favorecía el deseo de alejarse. Nada hacía presagiar un cambio de la situación. Un día tras otro, los hombres se reunían en la plaza, formando corros, hasta que "el señorito, el aparcerero de postín, o simplemente el capataz de casa bien, lo considera oportuno, se mezcla entre los corros para contratar sus jornaleros del día". José Bajo Fernández, el protagonista de "Cacereño", es de los que no puede sufrir de que las cosas vayan como van. "Aquí me ahogo, padre, necesito otros aires", exclama un día. Y "a la hora, medio pueblo estaba enterado...", acogiéndolo con resignación. "Otro que se larga. Un fenómeno natural como la caída del higo maduro".

La llegada a un centro industrial, al País Vasco, en el caso concreto de la novela "Cacereño", varía por completo el panorama laboral del personaje, de Pepe. "La emoción de cobrar y saber que el próximo sábado, a la misma hora, volverá a cobrar otra vez. Y así muchas veces, mientras el cuerpo resista" es algo que mueve al entusiasmo, claro está. Aunque no todo es jaja. El trabajo es duro. De lo más duro. "Te han metido en la campana - le advierte un compañero, extremeño también, veterano ya pues hace un año que vino -. ¿Quién crees que quiere hacer un trabajo como éste?. Un muerto de hambre como tú; ¿cuántos vascos has visto bajar a la campana?". La crudeza del hecho es evidente.

Muchas cosas han cambiado y no siempre para bien. También está el ruido por el exceso de tráfico rodado. Las primeras noches no puede pegar ojo. ¿Dónde está el silencio de Torrecasar?.

Un día tiene un desfallecimiento en el puesto de trabajo. Y cae enfermo. "Necesito ahorrar hasta que encuentre algo - piensa preocupado - ya no bajo más a la campana, me puede".

El aumento progresivo de inmigrantes, la poco ordenada construcción de viviendas para acoger a tanta humanidad que llega, produce una aglomerada urbanización en ciertos municipios que "las casas van aumentando sin orden ni concierto, siempre hay alguna en construcción, Urranea se convierte en un monstruo desarticulado que trepa monte arriba devorando los antes solitarios caseríos". Urranea, en la ficción de la novela que comentamos, bien puede corresponder al barrio de Altza, en San Sebastián, o al de Beraun, en Rentería. Es la otra faceta del problema. Por una parte se vacían pueblos, que ven preocupados cómo la gente joven se va y, por otro, las zonas industriales que los acogen, casi tienen que improvisar viviendas para poder darles cabida. Premuras que llevan a una deficiente construcción con problemas a medio plazo.

Lo que mueve al inmigrante es su espíritu de superación. No en balde ha dejado su tierra. "Mi abuelo era jornalero en Salamanca - comenta uno de los personajes de "Cacereño" - yo soy oficial de primera y mi hijo está estudiando aparejador. Si Dios quiere que la cosa siga así, mi nieto será arquitecto". Son las ventajas que el inmigrante encuentra en "la tierra prometida".

No podía estar ausente el nombre de Rentería en la novela de Raúl Guerra Garrido. Rentería es uno de los pueblos que mayor número de inmigrantes ha acogido. "El chunchún de la música salía de un quiosco con visera, repleto de músicos caratristes. Una multitud heterogénea bailaba a la sombra de la gran "Papelera Española" que, indiferente a los festivos, no paraba de soltar humo blanco". En otro momento lo expresa directamente.

"Bajó a Rentería (se refiere al personaje de la novela) solo...". No puedo menos que salir al paso de Raúl Guerra Garrido en lo que se refiere a nuestros músicos. La Banda de Música de Rentería siempre se ha caracterizado por ser una agrupación de gente bien preparada y dispuesta a amenizar la fiesta con el mejor ánimo, por lo que el apelativo de "caratristes" no es nada procedente. Cabe pensar que aquel domingo, el novelista, a su paso por el baile de la Alameda, no estaba en su mejor momento y, sin poder evitarlo, traspasó su estado anímico a aquéllos que hacían vibrar la fiesta, reflejándolo en su novela. No puede ser otro el motivo.

Hay descripciones en la novela, por otra parte, de enorme rigor y fuerza expresiva. Lo que se refiere al mundo laboral e industrial, por ejemplo, muestra el autor conocerlo a fondo. *"El nuevo taller de Forja era inmenso, una tras otra, en dos filas paralelas, se iban ordenando las prensas, pesados monstruos macizos dispuestos a la conquista absoluta del mercado nacional. Semejaban filas de fichas de dominó con una ventana en medio, las guías por donde se deslizaría el martillo. Las primeras ya estaban trabajando, silbaba el martillo al caer y el impacto de la estampa contra el tocho al moldear era un bombazo. Vibraba la cimentación amortiguadora de la prensa y el esquel del que la disparaba"*.

Las relaciones entre patronos y obreros, el recurso a la huelga para reivindicar derechos, los problemas de salubridad ocasionado por el manejo de productos químicos en la planta, las diferencias entre trabajadores nativos y foráneos, lo refleja Raúl Guerra Garrido con precisión en "Cacereño", a la vez de las aspiraciones que anima a su protagonista, Pepe, *"buscar un piso, labrarse un porvenir, conquistar a Izaskun"* y esas reflexiones, asimismo, de profunda inquietud *"tuve que dejar el cementerio de mis mayores..."* que conmueven la conciencia de toda persona que piensa un poco.

Y Pepe *"vuelve al pueblo con el menor pretexto. Necesita..."*. *"Se siente persona"*, sí, desde luego. Tampoco es que haya triunfado; pero... Necesita, en definitiva, volver a su pueblo, Torrecasar. *"La tierra tira mucho, ¿por qué has vuelto?"* - le preguntan. *"De visita, a ver si tira tanto como dicen"* - contesta. *"¡Pepe, macho! y vestido de señorito"* - hay quien le saluda. Y a Pepe *"le da escalofríos al ver a sus paisanos, las mismas viseras, las mismas zamarras, los mismos surcos en el rostro... las mismas*

fachadas de cal mustias, las mismas viejas de luto en los porches, la misma resignación en los rostros, las mismas magníficas espigas de trigo, los mismos baches en la carretera, las mismas letras fatídicas 'Se vende casa'. Nada ha cambiado". El casino sigue siendo coto privado de los señoritos. Y todas las mañanas, en la plaza, se reúnen los jornaleros a la espera de ser contratados a dedo.

Pepe tiene muchas cosas que contar a su gente que le escucha. *"Charlaron hasta las tantas de la madrugada. Una vez en la cama, Pepe se sorprendió de las cosas que había dicho, había transformado al País Vasco en el País de las Maravillas"*. Claro está. Tiene que dar una imagen. No puede decir que todavía está pagando los plazos del piso. *"Se siente persona"*. Pero... *"tampoco es que haya triunfado"*. Lo sabe.

Llegados a este punto de la novela cabría resaltar lo que, al parecer sin darse cuenta, ha dejado deslizar el autor de "Cacereño", al desgranar ese rosario de penalidades que asolan a Torrecasar y que a Pepe le causan escalofrío, el escalofrío que siente también al ver *"las mismas magníficas espigas de trigo"* de siempre. Y uno no puede menos que caer en la evidencia, entre otras consideraciones, de que no tanto en la desolación como en la humildad, esa virtud de la inteligencia, son "ellos" quienes se ocupan de cultivar el trigo que ha de convertirse en el pan que nos sirve a "nosotros" de alimento cotidiano. Esas *"magníficas espigas de trigo"*.

Pepe vuelve al País Vasco. Ciertamente. No era intención suya quedarse en Torrecasar. No puede. Pepe es hombre de ambiciones. Irá allí donde la tierra esté abonada con los elementos propicios en que se pueda cosechar el triunfo.

Raúl Guerra Garrido fue, después, en 1976, premio Nadal con su novela "Lectura insólita de 'El Capital'" y, el mismo año, premio Ateneo de Santander con "Pluma de pavo real, tambor de piel de perro" y, en 1984, finalista del Premio Planeta con "El año del wolfram", autor también de "La mar es mala mujer", "Escrito en un dólar" y "Copenhague no existe", entre otros. Ahora, 25 años después de la primera edición de "Cacereño", y finalizadas las causas de la masiva inmigración que dio origen a esta novela, se podría estimar ya obsoleto el tema que aborda. Sin embargo, el que una nueva edición, la quinta, se vaya a publicar, hace suponer valores, en "Cacereño", que siguen vigentes para el interés del lector.

